

METOIKOÍA: ALTERIDAD¹

(EXPLORACIÓN DE LA ALTERIDAD A PARTIR DE UN TEXTO DE JUAN GOYTISOLO)*

César Moreno

Universidad de Sevilla, España
cesmm@us.es

“Las diferencias son el intercambio regulado. Pero, ¿qué es lo que desarregla el intercambio? ¿Qué es lo que no se negocia? ¿Qué es lo que no entra en el contrato, en el juego estructural de las diferencias?

¿Qué es lo que depende del intercambio imposible? En todas partes donde el intercambio es imposible, aparece el terror. Así pues, cualquier alteridad radical es el epicentro de un terror: el que ejerce sobre el mundo normal con su misma existencia y el que este mundo ejerce sobre él, aniquilándolo”.

J. Baudrillard, *La transparencia del mal*

Resumen

El presente estudio propone una aportación a la *fenomenología de la alteridad*. Para ello asume como punto de partida algunos ejemplos extraídos de la experiencia literaria (Ionesco, Kafka, Hesse) y, sobre todo, adopta como referencia el primer capítulo de *Makbara*, de Juan Goytisolo. La figura de la alteridad que, de este modo, actúa como hilo conductor es la del *meteco* que irrumpe en y rompe el espacio de acuerdo urbano. El estudio trata de ilustrar algunas posibilidades formales (retóricas) para abordar el tema de la alteridad y, en el fondo o implícitamente, el de la intersubjetividad, tan decisivo en fenomenología.

¹ El signo de puntuación ":" no equivale aquí, claramente, a una traducción (esto equivale a aquello), sino a una especie de declaración de proximidad entre la cualidad de ser del meteco y la alteridad. Es propósito de este breve ensayo, así pues, abordar la alteridad a partir de la figura del meteco, que Goytisolo describe magistralmente en el primer capítulo de *Makbara*, antes de intentar *comprender* esa alteridad en el discurrir del relato, narrando su historia. Se ha de observar que "meteco" traduce *métoikos*, por lo que *métoikoía* es su rasgo, su cualidad de ser. "Meteco" significa, según el DRAE: "Extranjero o forastero" y "En la antigua Grecia, extranjero que se establecía en Atenas y que no gozaba de los derechos de ciudadanía". Sobre el concepto de "meteco" ofrece interesantes observaciones J. Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*, Barcelona, Plaza & Janés, 1991.

* Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de Fenomenología, "Interculturalidad y Conflicto", organizado por la Sociedad Española de Fenomenología, en la Universidad de Salamanca (España), los días 28-30 de abril de 2004.

Abstract

This essay proposes a contribution to alterity's phenomenology. To this aim, some examples from literary experience (Ionesco, Kafka, Hesse) are taken as a point of departure, and its main reference is the first chapter of Juan Goytisolo's *Makbara*. In this way, *meteco* is a figure of alterity that acts as a thread in order to be a breakpoint of urban space agreement. This essay tries to show some formal (rhetorical) possibilities about the subject of alterity, and intersubjectivity implicitly, so relevant in phenomenology.

I

1. Analogía de la alteridad (Tres ejemplos)

A) Es fácil suponer que si de pronto comenzaran a llenarse de rinocerontes nuestras calles, semejante acontecimiento causaría en nosotros estupor, pudiendo lo cómico llegar a formar una rara unidad con lo espantoso. Fuera de sus *espacios de aparecer* usuales (selvático o zoológico), aquellos amenazadores cuadrúpedos de puntiaguda identidad y tosca figura ganarían una extraordinaria *potencia de extrañamiento*, recordándonos lo que significa propiamente la esencia profunda (que no la pintoresca) del "exotismo"². Sería más que previsible que el orden de lo *familiar*³ o de *lo que cabe esperar*, en que se teje la sintaxis razonable de la *vida cotidiana*, quedase amenazado de ruina ante la casi alucinatoria presencia de "ciudadanos" tan poco congéneres y dudosamente gratos. Y no dejaría de ser lógico que de inmediato buscásemos *reintegrar lo extraño a lo familiar* mediante, por lo menos, una explicación, a la que debería seguir de inmediato la llamada a los agentes del Orden. Por cierto, semejante suceso pasaría a ser francamente inquietante cuando descubriésemos el descabellado origen de la presencia de los rinocerontes entre nosotros. Después de todo, si hubieran escapado del zoo o de una reserva... Pero, ¿y si fuesen fruto de un embrutecedor devenir de nuestros propios conciudadanos, que, abandonando su humanidad, se hubieran ido progresivamente convirtiendo en "rinocerontes"? De no ser por la creciente *verosimilitud de lo absurdo* en nuestro mundo, lo verdaderamente raro sería no creer

² Tal era uno de los objetivos principales de Victor Segalen en su clásico *Ensayo sobre el exotismo*, México, FCE, 1989 (el texto/diario de Segalen abarca de 1905 a 1919, y fue publicado en 1955).

³ La literatura sobre la configuración de lo familiar es amplísima. Recordaré aquí únicamente, y por ser una referencia clásica, lo que al respecto decía Heidegger en *Ser y tiempo*, México, FCE, 1980⁴, §§ 15-18.

estar perdiendo la cabeza. Finalmente, el delirio sería absoluto cuando se comprobara que todos menos uno, nuestro protagonista (Berenguer), se habrían convertido en rinocerontes. Esta trama teatral, con inmensa potencia crítica, es la de *Rinoceronte* (1959), de Eugène Ionesco. Ella me ayudó a comprender, hace algunos años, lo que significa "alteridad".

B) Es fácil suponer que si de pronto uno de nosotros despertase convertido en un raro insecto, nuestra extrañeza sería monumental, y no en menor grado lo sería la de quienes, por suerte o por desgracia para ellos, nos vieses usualmente a primera hora del día, cuando parece que debe restaurarse el luminoso orden cotidiano tras todo tipo de aventuras oníricas, o simplemente después de una mala noche envuelta en lo oscuro y la soledad. El trastorno sufrido no podría compararse a crisis alguna de identidad, falta de reconocimiento o paupérrima autoestima. Carecemos de una ciencia a la que pudiésemos recurrir para explicar y aliviar ese mal devenir y, por supuesto, de mecanismos de control y gestión con suficiente eficacia, capaces de neutralizar convenientemente semejante *alienomorfismo*. Por más que Gregor se esforzara en devolver sus derechos y normalidad a su vida cotidiana, haciendo *como si nada hubiese ocurrido*, la cosa no tendría remedio. Si me ocurriese a mí, diría que me habría convertido en radicalmente otro para mí mismo, y que mis padres creerían —con razón— haber perdido un hijo por inexplicables causas, y mis hermanos a un hermano y mis amigos a un amigo. Esta tremenda evolución, nada darwiniana, operada en mi persona me pondría, a mí y a quienes me rodean, en contacto con lo inesperado, lo imposible. Habrá comprendido el lector que nuestro protagonista es aquel Gregor Samsa de *La metamorfosis* (1912), de Franz Kafka. Gracias a él aprendí un poco mejor, hace años, lo que significa "alteridad".

C) Pero no haría falta ir tan lejos, hasta quedar embargados por lo surreal o lo absurdo en los casos —realmente raros— propuestos por Ionesco o Kafka. Lo Otro en este sentido de lo radicalmente otro puede adoptar una apariencia más acorde con lo que tenemos por "realizable" y *verosímil*, aunque no por ello dejaría de ser menos "otro" o perturbador. Nuestro tercer ejemplo —y podrían aducirse muchísimos más, pero no atosigaremos al lector en este

sentido— es el de un niño que accedió a la bifurcación de su mundo conocido en dos: el del bien y el del mal. Ya adulto, narraba así sus impresiones infantiles:

Un mundo lo constituía la casa paterna; más estrictamente, se reducía a mis padres. Este mundo me resultaba muy familiar: se llamaba padre y madre, amor y severidad, ejemplo y colegio. A este mundo pertenecían un tenue esplendor, claridad y limpieza; en él habitaban las palabras suaves y amables, las manos lavadas, los vestidos limpios y las buenas costumbres. Allí se cantaba el coral por las mañanas y se celebraba la Navidad. En este mundo existían las líneas rectas y los caminos que conducen al futuro, el deber y la culpa, los remordimientos y la confesión, el perdón y los buenos propósitos, el amor y el respeto, la Biblia y la sabiduría. Había que mantenerse dentro de este mundo para que la vida fuera clara, limpia, bella y ordenada.

El otro mundo, sin embargo, comenzaba en medio de nuestra propia casa y era totalmente diferente: olía de otra manera, prometía y exigía otras cosas. En este segundo mundo existían criadas y aprendices, historias de aparecidos y rumores escandalosos; todo un torrente multicolor de cosas terribles, atrayentes y enigmáticas, como el matadero y la cárcel, borrachos y mujeres chillonas, vacas parturientas y caballos desplomados; historias de robos, asesinatos y suicidios. Todas estas cosas hermosas y terribles, salvajes y crueles, nos rodeaban; en la próxima calleja, en la próxima casa, los guardias y los vagabundos merodeaban, los borrachos pegaban a las mujeres; al anochecer las chicas salían en racimos de las fábricas, las viejas podían embrujarle a uno y ponerle enfermo; los ladrones se escondían en el bosque cercano, los incendiarios caían en manos de los guardias. Por todas partes brotaba y pululaba aquel mundo violento; por todas partes, excepto en nuestras habitaciones, donde estaban mi padre y mi madre. Y estaba bien que así fuera. Era maravilloso que entre nosotros reinara la paz, el orden y la tranquilidad, el sentido del deber y la conciencia limpia, el perdón y el amor; y también era maravilloso que existiera todo lo demás, lo estridente y ruidoso, oscuro y brutal, de lo que se podía huir en un instante, buscando refugio en el regazo de la madre.

Y lo más extraño era cómo lindaban estos dos mundos, y lo cerca que estaban el uno del otro.⁴

Ese niño era Emil Sinclair en el conocido relato de Hermann Hesse *Demian* (1919). Y también me ayudó a comprender un poco mejor de qué hablamos cuando hablamos de "alteridad".

2. Más que la simple Diferencia

Lo que se deja comprender y aprender en éstos y otros casos —en principio bastante diversos— es la alteridad más allá de la (mera) Diferencia. Por

⁴ H. Hesse, *Demian*, Madrid, Alianza Editorial, 1975⁷, pp. 13-15.

ejemplo, sería difícil poner en duda que yo difiero de ti y de tantos otros como tú de los que, por tu parte, tú difieres, y que también ellos, de los que tú difieres, difieren entre sí. Difiere el padre del hijo, y difieren los padres entre sí y los hijos entre sí; difieren los varones de las mujeres, y también aquéllos y éstas entre sí; difieren los abogados de los carniceros —qué duda cabe—, y aquéllos y éstos entre ellos mismos y por razones múltiples... Pero se estará de acuerdo en que entre todas estas diferencias nada apenas digno de escándalo parece acontecer. En medida nada despreciable *transcurre Orden*⁵ entre ellas, un orden o varios, articulados: un *Sistema* —o varios, en abierta colaboración— exige esas diferencias y se complace en ellas en la recíproca medida en que ellas lo introyectan. Aun siendo diferentes, nos sabemos vinculados; aun siendo y sabiéndonos cada uno idéntico para sí, nos sabemos (o creemos sabernos) en "comunicación".

Pero no es tan fácil, en principio, con la Alteridad, y el texto-guía de Goytisolo al que me referiré en un momento se encarga de recordárnoslo, desplegando a tal fin, apoyados por un extraordinario poder de escritura y dominio de múltiples estrategias retóricas, recursos básicamente fenomenológicos y dialécticos. Y es que la alteridad, aparte de poderse entregar *in extremis* a su *fenomenología* —tarea apasionante la de indagar los modos de aparecer (y des-aparecer) de la alteridad, sus estructuras subyacentes y teleologías— también se ofrece, si bien críticamente, a una *dialéctica abierta* que sin reducir la alteridad meramente a antítesis fuese capaz de sostenerse en la intemperie de una *no-síntesis reconciliadora*. Más que ser simple antítesis en última instancia conceptualizable, la alteridad se da bajo la modalidad de un impacto perturbador, como una *donación excesiva*⁶ que puede abarcar desde lo maravilloso a lo horrible, y que se caracteriza por desbordar los horizontes y marcos de expectativa que normalmente permiten ordenar la experiencia y el mundo en torno. Continuamente efectuamos *reintegraciones al orden* de fe-

⁵ Sin duda Bernhard Waldenfels es uno de los pensadores contemporáneos que, desde posiciones muy próximas a la fenomenología, más y mejor ha profundizado el enclave Alteridad-Orden. Cfr. "Mundo familiar y mundo extraño", en *Ideas y valores* (Bogotá) 116 (2001) 119-131, y *Topographie des Fremden. Studien zur Phänomenologie des Fremden I*, Frankfurt, Suhrkamp, 1997.

⁶ Jean-Luc Marion ha ofrecido bastantes pistas y claves para desarrollar una fenomenología en esta orientación. Cfr., principalmente, *Siendo dado. Ensayo para una fenomenología de la donación*, Madrid, Síntesis, 2008, y, en especial, todo el libro IV.

nómenos extraños, y hemos edificado sistemas heurísticos relativamente, o muy, eficaces para intentar dar cuenta de lo insólito, lo raro y la anomalía, manteniéndolos de tal modo a buen recaudo y, en la medida de nuestras posibilidades, "a raya". No en vano pensamos con frecuencia que *la excepción confirma la regla*. Pero con la alteridad no va tan de suyo ni es tan confirmada la regla de la que es excepción, pues la alteridad lo es por la profunda *irregularidad* y la *anomalía* que implica, que ponen en cuestión la propia regla. De este modo, la alteridad no simplemente *aparece*, sino que *se-hace-notar* o *llama-la-atención*. Implica, es cierto, un trasfondo, una escena, pero ante todo para romper su cordura o, de algún modo, "descoyuntarla". Se entiende, así, que el suyo sea el momento no simplemente de la sorpresa o de ese llamar la atención a que acabo de referirme, sino sobre todo el momento de la *ruptura*, de lo que no se deja recomponer fácilmente, el momento de la aventura irreductible, o de lo Otro que no se dejará reducir al Mismo ni a lo Mismo y que, por ello, *extraña*.

Por supuesto, no se trata sólo del extrañamiento en un contexto antropológico, referido específicamente a lo Interhumano. La alteridad no pertenece únicamente a *el Otro* (-hombre). Toda alteridad del Otro exótico o cotidiano, de la tribu lejana o del vecindario, depende de un trastorno más básico de la experiencia. Ahora bien, aunque la Alteridad no incumba únicamente, es cierto, al Otro hombre, éste puede llegar a ser —o es casi siempre— su emblema más eminente. Si, con toda seguridad, el Otro ocupa un lugar privilegiado en la reflexión sobre la alteridad, como bien lo ha mostrado el pensamiento contemporáneo, ello se debe a que del mismo modo que, según el proyecto heideggeriano (*Ser y tiempo*), el *Dasein* en su *Jemeinigkeit* ha de ser interrogado con vistas al esclarecimiento de la *pregunta por el Ser*, es el Otro el que debe ser interrogado con vistas al esclarecimiento de la *pregunta por la Alteridad*. Debe ser interrogado el Otro, o el Mismo *respecto al Otro* (tal sería una de las grandes enseñanzas de Emmanuel Lévinas). Lo Otro, el Otro, comunican *un modo de ser* que rompe los esquemas con que el sujeto/Mismo se conduce y en virtud de los cuales se cree capaz de configurar una cosmovisión y proponer una política como *gestión calculada de lo Interhumano*. Casi toda la gran reflexión sobre la alteridad en el siglo XX se orienta a pensar que cuando no

busca ser simplemente destructiva, la crítica a los procesos de *mismificación* indiscriminada del Sujeto, lejos de contribuir a que nuestra experiencia se "estropee", la enriquecen, y con ella a su protagonista. Como bien dijera Lévinas en *Totalidad e infinito*, "el Otro no es para la razón un escándalo que la pone en movimiento dialéctico, sino la primera enseñanza razonable, la condición de toda enseñanza"⁷. Y no sólo para la Filosofía, extraordinariamente sensible en los últimos tiempos a la Alteridad, o para la Ética, que desde hace siglos vive atosigada —al menos implícitamente— por "el Otro", sino sobre todo para la Política, pues uno de los modos *sui generis* de presentación de la alteridad es, como sabemos, el del *bárbaro*⁸ y, con él, el de los que se autoexcluyen o han sido excluidos de la Polis, de su confianza, de su consenso y sus leyes, de sus beneficios y obligaciones, de sus derechos y deberes. Cómo pueda esa "enseñanza razonable" a que se refería Lévinas arribar a la reflexión y a la praxis política no es, en tal sentido, cuestión fácil ni de escasa relevancia, pues al tiempo que recuerda la exigencia de dicha enseñanza, la alteridad — en lo esencial "políticamente incorrecta"— recuerda la precariedad casi congénita de lo que entendemos por *Política*.

3. "Del más acá venido" (Juan Goytisolo, *Makbara*)

Es cierto que desde hace años esperaba una ocasión propicia para llevar a cabo un breve comentario sobre un texto que, en su momento (hacia 1990), me impresionó vivamente, pues acometía con una lucidez rigurosa y sin concesiones una magistral *presentación de la alteridad* capaz de conmover y dar razones tanto a quien pretendiese acogerla ético-políticamente como al defensor de su expulsión de la *polis*. A mi entender, *Makbara* (1980), texto sin duda atrevido y de difícil lectura, acertaba de lleno en la diana de la *experiencia de una alteridad* previa a su siempre demasiado fácil valoración *sim-* o *anti-patética*, atractora o repulsiva, una prioridad, ésta, ineludible para acceder al significado de la alteridad como tal. Para ello, en su primer capítulo, "Del más acá venido"⁹, se pone en práctica una suerte de *fenomenología* (si se nos

⁷ E. Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 217.

⁸ Sería recomendable la lectura de J. Kristeva, *Extranjeros para nosotros mismos*.

⁹ Al final de este artículo se encontrará ese primer capítulo.

permite decirlo así) capaz de describir intensa y multidimensionalmente la experiencia del encuentro con la alteridad, y en torno a esa fenomenología, enriqueciéndola y profundizándola, una *dialéctica* adecuada para tensionar la escena de fenomenalidad y una *hermenéutica* (por cierto, en esta ocasión de nulo alcance específicamente histórico¹⁰) capaz de descubrir más de un prejuicio infiltrado en las immediateces tanto de la piedad como de la crueldad para con el Otro, así como en los mecanismos de su proyección especular. De este modo, casi como si de un texto etnográfico (postmoderno) se tratara¹¹, “Del más acá venido” y buena parte de *Makbara* ejercen una labor de necesario “desescombro” en el campo de la alteridad (como el que Segalen deseaba para el del exotismo), que debería ayudarnos a comprender *qué nos jugamos con ella*. Siendo conocida la querencia de Juan Goytisolo por el mundo y la cultura maghrebies, se puede pensar que tal vez le habría sido mucho más fácil activar, de cara a una reivindicación de la alteridad del *métoicos* norteafricano, una más o menos huera retórica huera de la *acogida del Otro*, pero ello habría impedido a sus lectores comprender la *dureza* de la alteridad misma, su nervio y su reto. Pues de esto se trata: de ubicar y apreciar el reto que representa, sin el que es impensable la alteridad. Por lo demás, de haber adoptado aquella retórica, la aproximación de Goytisolo tal vez habría sido potencialmente parcial, por su evidente compromiso previo con una de las partes en litigio. Sin embargo, la visión del encuentro con la alteridad que se presenta en “Del más acá venido” no cae, en principio, en esas posibles trampas de la retórica de la alteridad, de aquí su enorme interés —aparte del que suscitan otros méritos del texto. En efecto, en *Makbara* Goytisolo conseguía expresar perfectamente la irreconciliabilidad de la alteridad, su abstracción y absolutez¹², y su soledad, al tiempo que dejaba traslucir (*hacer fenómeno*, diríamos) su pobreza, su *dépaysement* (su desorientación, su desarraigo) y, sin duda, y sobre todo, su *scandalum*, su *σκανδαλον*, tomando como tema no

¹⁰ En tal sentido puede consultarse, del propio Goytisolo, su importante ensayo *Crónicas sarracinas*, Barcelona, Seix Barral, 1982, especialmente los dos primeros capítulos: “Cara y cruz del moro en nuestra literatura” (pp. 7-26) y “De ‘Don Julián’ a ‘Makbara’: una posible lectura orientalista” (pp. 27-46).

¹¹ Cfr., por ejemplo, J. Clifford / G. E. Marcus (eds.), *Retóricas de la antropología* (1986), Madrid, Júcar, 1991; y C. Geertz, *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989.

¹² Cfr., entre otros textos, E. Lévinas, “La significación y el sentido” (1961-1963), en *Humanismo del otro hombre*, Madrid, Caparrós, 1993, p. 45.

ya aquel *flâneur* (paseante) del que Baudelaire rescató lo que de fascinante entraña su figura, sino otro extraño "paseante" que no "pasea" propiamente, sino que más bien deambula enajenado por las calles de París, acosado por miradas a las que opone una mezcla de "bajar los ojos" (recuérdese *Les jeux baissés* de Tahar Ben Jelloun, de 1991) y un violento lanzallamas: el meteco, *métoikos*.

Makbara, una de las obras clave del autor de *Reivindicación del Conde Don Julián* o *Paisajes después de la batalla*, se abre agresivamente con "Del más acá venido" y se cierra —yo diría que felizmente— con "Lectura del espacio en Xemáa-el-Fna"; comienza con la soledad y el exilio para culminar, abiertamente, con la comunidad o el retorno a lo entrañable y al Abrazo que aquella plaza, en Marrakech, simboliza (a cielo abierto, como ya se anuncia al final del primer capítulo). Comenzamos paseando por París —aunque podría ser por cualquier otra gran ciudad del Primer Mundo—, y arribamos a Marrakech. Y finalmente: el texto/alfombra voladora de Goytisolo nos permite pasar del *azar de las calles* (Breton) parisino, menoscabado, atezado, ordenado, temeroso, egoísta..., a otro azar, el de Xemáa-el-Fna, más humano, amorfo y acogedor. Sin embargo, a expensas de convertir nuestro asunto en un tema escasamente "amable", no es del azar benéfico de Xemáa-el-Fna, sino de aquel otro —el parisino— que expulsa y a la vez acoge la soledad del meteco, del que este breve ensayo quisiera ocuparse, un azar que ya habría dejado de ser perfectamente puro y realmente libre, sorprendente o maravilloso, pues se encuentra "contenido" (como cuando se habla de una "furia contenida") en los márgenes de lo Familiar sobre cuyo horizonte deberá precisamente aparecer el *Monstruo*¹³, rescatado por el texto de Goytisolo: un monstruo del más acá venido, de carne y hueso, humano, *sin papeles* (quiero decir, *sin poderes* —más bien completamente vaciado, desposeído, impotente), pero —eso sí— *hiperfenomenal* y se diría que "des-carado", pero también *sin-rostro*.

¹³ Se me permitirá remitir al lector a mi ensayo "Tentativas sobre el rostro. Eidos y punctum", *ER. Revista de Filosofía* 19 (1995) 103-129, en el que con vistas a la exploración de la omniabarcatividad del eidos "Rostro", se afirmaba que "Todo Rostro" incluye también, sin duda, y por suerte, el rostro monstruoso, el rostro deforme, espantoso, que tal vez pudiera aparecer en nuestras peores pesadillas.

4. El grito.

“Al principio fue el grito: alarma, angustia, espanto, dolor químicamente puro?: prolongado, sostenido, punzante hasta los límites de lo tolerable”.

Ya lo hemos dejado entender antes: a diferencia de la (mera) Diferencia, la Alteridad no se deja comprender sin más, y se resiste a la asimilación y al acuerdo. Lo que emerge de ella pertenece al levinasiano (des)orden de un *Decir que ningún Dicho inteligible sería capaz de fraguar*¹⁴ ni someter a una coherente y consensuada sintaxis. Frente a la Palabra o el Verbo originarios (*Evangelio de San Juan*), creador y armonizador, logos luminoso y cuerdo de los entes y los acontecimientos, y, por supuesto, allende el Sentido y aquella Acción que tanto fascinaba al inactivo Fausto goetheano, frente a todo ello, en el origen, Goytisolo nos recuerda *el Grito*, siempre desgarrador de los sonidos articulados, imantados por la convocatoria de abecedarios, palabras, frases, vocabularios, textos..., y casi naturalmente reacios a lo Ininteligible donde pudiese encontrar alojamiento una expresión sin canon ni cordura, *an-árquica* (Lévinas). El Decir más originario que todo Dicho no obliga ni incita simplemente a *entender* sino, ante todo, a la *responsabilidad* de atravesar, en dirección al Otro, los caparazones y las esclerosis múltiples de significados y de lo razonable en que la alteridad se entrega¹⁵ pero también puede ser traicionada. No se trata, pues, en primer lugar, de una palabra siempre segunda, y secundaria, deudora de entes, de acontecimientos e interioridades que se dejaron referir a un mundo previo, aunque mínimo..., sino más bien del Grito: Grito de llamada, apelativo, interpelador¹⁶, *Grito*, en el fondo, *al Responsable*, pero también contra el Responsable: Grito como expresión pura, casi kandinskiana abstracción, grito-gélido de Munch, grito-de-postguerra de Bacon (reinterpretando al *Inocencio X* de Velázquez), grito en disonancia, el más verdaderamente humano¹⁷. La alteridad grita, y en su grito sería casi como si

¹⁴ E. Lévinas, *De otro modo que ser, o más allá de la esencia* (1978), Salamanca, Sígueme, 1987, pp. 86-88, 97-104, etc.

¹⁵ E. Lévinas, *Totalidad e infinito*, el cap. V de la segunda parte, titulado “El mundo de los fenómenos y la expresión”.

¹⁶ M. Buber, *Diálogo y otros escritos*, Barcelona, Rio Piedras, 1997.

¹⁷ En el sentido propuesto por Maurice Blanchot en “El ateísmo y la escritura. El humanismo y el grito” (1969), en *El diálogo inconcluso*, Caracas, Monte Avila, 1970, pp. 397-421. Culminando su elaborada reflexión, comenta Blanchot: “Entonces, ¿qué es ‘el humanismo’? ¿Con qué definirlo sin implicarlo en el logos de una definición? Por lo que lo alejará más de un lengua-

callara, pues en él pareciera proclamarse ante todo a sí misma —nada más. Y como si callara, no sólo o no tanto porque le faltaran las palabras, sino porque le sobrasen. Inquietante reto, el del Grito, para el Diálogo que tanto nos acusa, en cuyo camino tanta confianza estrenamos cotidianamente, y para un Diálogo parecido al Logos divino, pero un paso más acá¹⁸, obligado a acordar, atar cabos, resolver lo real, gestionar el mundo. Y sin embargo, la alteridad no rompe con todo Diálogo posible, sino con la presunta evidencia de que su posibilidad (la del Diálogo) podría realizarse sin muchas trabas ni muy esforzadamente. Lejos de exigir diestros traductores, el Grito es, como el Diálogo, políglota, indiferente a Babel, pues viene de un *Interior* del que ninguna sintaxis razonada sabría dar cuenta.

5. Lo ininteligible (Más acá de Babel)

“ma bghit ual-lú men-nek, smaati? [...]: riaal d-din um-mék!”

No se trata únicamente, sin embargo, del Grito de la Alteridad. Ya entregada a lo *Dicho* (esto es: objetivada, parlante, visible), la Alteridad pertenece a un extraño que labra su extrañeza, o quizás sería mejor decir que carga con ella, por la *ininteligibilidad* entre-otras de la lengua en que se gesta su propia intimidad, su *minoría esencial*¹⁹, con la que se escucha a sí mismo o habla consigo —la voz interior. En este sentido, el texto de Goytisolo está compuesto, aunque muy desigualmente, por tres lenguas: castellano, francés y árabe, y no cabe duda de que es con esta última con la que la alteridad —para quienes no sepamos árabe²⁰— asalta en medio del castellano torrencial y el fran-

je: el grito (es decir, el murmullo), grito de la necesidad o la protesta, grito sin palabra, sin silencio, grito vil o, a lo sumo, el grito escrito, los garabatos de las murallas. Puede ser, se complacen en declararlo, que ‘pase el hombre’. Pasa. Incluso pasó siempre, en la medida en que siempre fue apropiado para su propia desaparición. Pero al pasar, grita; grita en la calle, en el desierto; grita muriendo; no grita, es el murmullo del grito. Por lo tanto el humanismo no es rechazable, a condición de reconocerlo allí donde recibe su estilo menos engañoso. Nunca en las zonas de la autoridad, del poder y de la ley, del orden, de la cultura y de la magnificencia heroica, ni tampoco en el lirismo de buena compañía, sino tal como fue llevado hasta el espasmo del grito” (p. 419).

¹⁸ Cfr. M. Blanchot, “Un habla plural”, en *ibid.*, pp. 143-146.

¹⁹ En un sentido próximo al de “minoría” propuesto por François Laruelle en *Une biographie de l’homme ordinaire. Des Autorités et des Minorités*, Paris, Aubier, 1985.

²⁰ Precisamente *Paisaje después de la batalla* (1982) se abre con la creciente presencia de ininteligibles inscripciones en árabe en las calles del Sentier parisino.

cés, ocasional, que discurren entre Goytisolo y sus lectores. No pensemos, sin embargo, que la alteridad acaso pudiese aparecer propiamente en Babel, en la situación en que nadie entendiese a nadie, o en medio de aquella especie de disparate en que, por causa del azar, una palabra nada supiese de (ni le importara) la palabra que aparece a su lado, ni a un idioma otro idioma (imaginemos, si acaso, un gigantesco *poema dada*). No: la alteridad no es fruto de la mera desavenencia o indiferencia de lo simplemente dispar, sino de una refriega virulenta, de un conflicto en que lo Otro se opone a lo Mismo como *mayoría* (Laruelle). La alteridad no aparecerá, pues, en el horizonte de *Babel*, pero tampoco en el de un *Pentecostés*²¹ en que los traductores ya no fuesen necesarios: ni en el caos ni en la armonía. La alteridad exige separación, "abstracción", una suerte de "absolutes" y el raro orgullo o la maldición de la Identidad perseverante (esto es, que se resisitese a meramente "sumarse a" o "fusionarse con"), y en el fondo, digámoslo cuanto antes, de la soledad.

6. La soledad

Una cierta forma de soledad: como la del *meteco*. De ese ser extraño que deambula por las calles de París es tan intensa su soledad, tan profunda, que no es tal vez como la de algunos de nosotros cuando decimos sentirnos "solos". Se trata más bien de una soledad a la que ha herido, como lanza implacable de picador, un profundo *desamparo de representatividad*: una soledad ésta que parece leve pero que es, quizás, una de las simas del desamparo: la soledad "política", por la que Nadie se pondrá en lugar del Extraño, ni de hecho ni de derecho. *Nadie en su lugar* —como si este "Nadie" le estuviese kafkianamente reservado y él mismo, el meteco, fuese ese "Nadie" para "Nadie", un inmenso vacío-de-abrazo. En realidad, el meteco "del más acá venido" está *fuera de la Democracia*, deambula por sus márgenes, y no hay instituciones que lo tomen a su cargo. Goytisolo lo subraya especialmente cuando alude (irónicamente) al *siempre engalanado edificio del muy oficial portavoz de la clase obrera*, o hace que el meteco abofetee a quien le ofrece "salvación y cura", no desaprovechando el autor ocasión para aludir a su *avanzar ensi-*

²¹ La sugerencia procede, en concreto, de G. Gusdorf, *La parole*, Paris, PUF, 1998.

mismado o a cómo se encuentra *absorto en el envés de su propio espectáculo: indiferente al mensaje de horror que siembra a su paso [...], pintándonoslo con su abrigo de espantapájaros con solapas alzadas sobre una doble ausencia.*

Nadie en su lugar, hemos dicho, pero si lo pensamos bien, no es tan cierto. Sí hay alguien en su lugar, o mejor, que aspira a su lugar, intentando moverse por el "envés de su propio espectáculo", y ése —también a costas con su soledad— es el Autor, Juan Goytisolo, que a veces habla *sobre* el meteco en tercera persona (él), *con* él (tú) o como si fuese él (yo) (por ejemplo, respecto a la mano que abofetea: *la alza con rabia avasalladora, la plantas en medio de su mejilla, le doy una sonora bofetada*), renovando proteicamente, esta vez con un "El meteco soy yo", el famoso "*Madame Bovary, c'est moi*" de Flaubert. Y sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, el Autor sabe —y sabemos— que no podrá paliar aquella soledad de un meteco que, con toda seguridad, no leerá su texto. No en vano, *Makbara* se abre, desesperadamente, con una dedicatoria "a quienes la inspiraron y no la leerán".

7. Corrosiva presencia (Subrealidad, hiperfenomenalidad, hiperrealidad del *métoikos*)

"Garbanzo negro, oveja tiñosa, parásito desentonador: desacorde instrumento en la ejecución de una partitura: metáfora perdida entre los signos algebraicos de una ecuación: computadora que, en vez de suministrar la respuesta exigida por una comisión de expertos financieros, transmuta sus datos en violento poema antimilitarista".

He aquí el núcleo decisivo del texto: un modo de ser o de darse la presencia: no simplemente la presencia sin más, aséptica, del Otro, sino su *corrosiva presencia*. Todo el primer capítulo de *Makbara* es una tan meticulosa como virulenta aproximación fenomenológica y dialéctica al modo en que la alteridad no simplemente se da, pues no meramente "se da", sino que rompe, irrumpe y rasga, trastorna nuestro campo de experiencia y a nosotros mismos y nuestras certidumbres. Se trata, la de Goytisolo, de una fenomenología poco académica, es cierto, pero, en cambio, muy *en ejercicio*, que deja voz y presencia ante todo al *entrecruzamiento* de mundos, experiencias y voces. Es ese *Entre* el que importa a Goytisolo, pues sólo en él podría *aparecer dialécticamente* la alteridad, jamás en sí, abierta a pesar de su cerrazón, referencial,

ex-puesta y, por tanto, amenazada y amenazadora. Y sin duda las descripciones de Goytisolo son magníficas. Si nos percatamos de ello, la descripción del meteco lo presenta *ambiguamente*, tanto con rasgos de sub-realidad (*fantasma, espectro, onírica aparición, enigmática aparición*), como de hiperfenomenalidad (*monstruo; insolente, brutal intrusión perturbadora; interrupción del ritmo urbano; insolente, brutal desafío; compostura insólita, transgresora; radical negación del orden existente; índice acusador; corrosiva presencia; espantapájaros*)..., o incluso de exotismo (*animal de especie inclasificable y desconocida; producto triste de infausta conjunción astral*).

Por otra parte, el mal que el Otro arrastra se vincula no únicamente a anomalías o altibajos de la fenomenalidad, sino a marginaciones basadas en la raza o la clase social (*negro, paria*), la mala vida (*borracho, sifilítico*) o la enfermedad (*loco, chiflado, leproso, apestado, virus contaminador*). Se comprende en buena medida que, de este modo, al *metoikos* sin-Hogar (Hogar que es como el espacio propicio de la intimidad, parte integrante de nuestro ser sujetos²²) se le haya de enviar *al asilo, el hospital, el dispensario, o el lazareto, la cárcel*, o al espacio definitivo: *el basurero*. Todo parece invitar, de este modo, a que con la "corrosiva presencia" de la Alteridad se haya de *evitar el contacto* y procurar que *desaparezca del espacio visible*. Tal es el lema.

Podría decirse que, en cierto modo, el Otro como Alteridad es una suerte de *trasto* producto de la "avería" o de la "disfunción" producidas en la cualidad que gobierna la presencia del Otro conciudadano, vecino, amigo, colaborador, o de ese Otro al que se vincula al "Uno" [*das Man*²³]. Los solamente Diferentes lo necesitan para recordar que cada uno podrá ser, a pesar de ser diferente, *uno-más de entre Nosotros*.

Sorprendente, perturbador, inquietante..., el meteco "gana presencia" (y presencia *corrosiva*), enfrentado con el espacio público, y una suerte de *hiperrealidad* al confrontarlo Goytisolo con la simulación, en dos auténticos *ejercicios de crueldad*, cuando lo hace toparse en la calle con la propaganda de dos filmes: uno infantil, de Walt Disney, y otro de terror, sobre Drácula. En el primer caso asistimos al encuentro entre el meteco y un gran oso, trasunto de

²² Cfr. E. Lévinas, *Totalidad e infinito*, pp. 169 y ss.

²³ Cfr. M. Heidegger, *Ser y tiempo*, §§ 26-27.

los "osos de peluche" (un oso, por tanto, venido a menos desde su dimensión de animal de los bosques, salvaje²⁴). En el segundo caso, y casi como de un remate a la desgracia del meteco se tratara, el público lo confundirá con un elemento de propaganda de un film de terror. Lo que Goytisolo consigue demostrar con ello es el estatuto ambiguo de la *metokoia*, como si no acabase de encontrar su espacio de acogida entre la "sensatez" de lo real.

8. El distanciamiento (Alteridad y Mal)

Quien recuerde el muy estratégico papel desempeñado por "los pobres" en *Viridiana* (Luis Buñuel, 1961), se percatará de que el director aragonés los trataba sin conmiseración alguna, lo que provocaba de inmediato la neutralización de la posible *simpatía* que pudiesen despertar en el espectador (inacuto). A fin de cuentas, la pobreza y sus aledaños no significan bondad. Al proponerlos como sujetos sucios, feos, greñudos, malhumorados, esperpénticos, tramposos, traicioneros, obscenos o peleones, Buñuel intentaba desactivar aquella caridad (como valor básicamente cristiano) que pudiese operar imaginario-dialécticamente con la dualidad ricos/malos frente a pobres/buenos, al tiempo que enfrentaba a la caridad contra la simpatía, mostrando las exigencias que obligan a aquélla. Valga la escueta referencia a *Viridiana* a modo de ejemplificación de lo que Goytisolo "hace" con su meteco. Buñuel no idealizaba a "los pobres" tomando como referencia la mirada *cristiana* de la protagonista; Goytisolo no idealiza al meteco, pero tampoco pretende dar cuenta de su llana "realidad", sino que opta por la lente (deformante) del occidental que se siente amenazado.

En el texto no es necesario hurgar demasiado para que nos percatemos de los recursos mediante los cuales la alteridad del meteco queda vinculada al mal: una bofetada a una monja que le ofrece una octavilla con publicidad de la misión *Salut et guérison (Salvación y cura)*, así como, en dos ocasiones, las referencias al imaginario deseo del meteco de que su mirada se convirtiera en lanzallamas. Finalmente, en su deambular por las calles de París, pasa el meteco junto a un "tentador" programa doble de cine pornográfico, para final-

²⁴ A fin de poder ofrecer al lector algunos textos extraídos de "Del más acá venido", sin que, por otra parte, pierda la ocasión de un acercamiento al texto completo de ese importante primer capítulo de *Makbara*, se ofrecerá este texto al final del presente artículo.

mente encontrar consuelo, desahogo y liberación en la oscuridad en un cine donde proyectan una película de terror, géneros cinematográficos —los de sexo y terror— que sirven de casi perfecto contrapeso al infantil-fantástico de Walt Disney.

En la teoría teatral de Bertolt Brecht se proponía la práctica de lo que el autor alemán denominaba *Verfremdungseffekt*, es decir, efecto-extrañamiento, o efecto-distanciamiento, que en lo esencial debía evitar en los espectadores el olvido del carácter artificioso, específicamente escenográfico, de la propia escena teatral. De este modo, los espectadores habrían de recuperar la distancia y diferencia entre realidad y ficción, que a su vez debía actuar críticamente sobre ambos ámbitos, el real y el ficcional. Pues bien, cuando vincula al meteco con la acción de abofetear, o con su deseo de que su mirada se convirtiese en lanzallamas, o con su querencia por lo pornográfico y lo terrorífico..., Goytisolo está (a) distanciando al espectador del meteco —efecto primero, el más simple e inmediato—, a fin de que (b) el espectador/lector constata especularmente la asociación, que se opera y gestiona "para sus adentros", entre alteridad/*metoikoía* y mal; y finalmente, (c) Goytisolo libera a la alteridad (ejercicio muy arriesgado, sin duda, pero terapéuticamente necesario) de la *dialéctica Bien-Mal* al modo —siempre— del Orden y el Sistema para los que la alteridad se constituye como tal, y a los que, por tanto, presupone. Si es cierto que la alteridad es indómita, es porque escapa a la escala de valores consensuada que debería aceptar o asumir para comenzar a *dejar de ser alteridad*. El de Goytisolo es, sin duda, un efecto retórico. El texto se erige en espejo de nuestra mirada dirigida al meteco, recordándonos que no es tanto a él al que vemos, sino nuestra imagen de él, nuestros prejuicios y temores que bullen en torno a su "corrosiva presencia". Si el Otro debe ser aceptado, no ha de serlo porque sea querido y complazca al Mismo, resultándole "simpático" (con todas las relatividades a que esa simpatía podría verse, y de hecho se ve, sometida). Es necesario, desde esta óptica, que los "derechos del Otro" se *institucionalicen*. Y sin embargo, incluso a pesar del "muy oficial reconocimiento" de esos derechos, en la medida en que el Otro no sólo nos interpela, sino que nos obliga incluso a traspasar los filtros, a veces muy tupidos, de

nuestras querencias y afectos, la acogida de la alteridad es una de las pruebas más rigurosas de la experiencia ética y política.

9. Sedativa tiniebla (La desaparición, o contra la Mirada)

Al uno-entre-otros, o al uno-más, no se le *mira*. Sólo la alteridad tiene poder suficiente para ser *objeto*²⁵, con toda su dureza e intransigencia. En la mirada del Mismo, aquella alteridad recalcitrante debe quedar suficientemente compensada con la Identidad a la que —como el alfiler que clava al insecto para delectación del entomólogo— queda el Otro vinculado, una Identidad que no surge tanto del ser *por sí* del Otro²⁶ cuanto de lo que el Mismo proyecta sobre su inquietante presencia. No deja de ser significativo, en las estrategias descriptivas de Goytisolo, que la alteridad se evada no por una transformación existencial ni por un devenir en las condiciones de vida, ni, por supuesto, por una imposible rebeldía. La alteridad se evade —retorna a sí, y sueña— cuando escapa a lo que la somete a la Mirada pública.

Conseguir no ser más Objeto, liberarse de la ex-posición en la sedativa oscuridad de la sala de cine donde proyectan un film de terror. Tal es el destino ambiguo, una vez más, del Otro: oscilar entre la máxima presencia (corrosiva) y la desaparición, entre lo visible y lo invisible. Dilema de la alteridad: ser objetivada, llamar la atención, o pasar desapercibida.

Pero allí dentro, en lo oscuro, el meteco no mira, sino que sueña. Ya va lejos. Frente a la caída ante la Mirada, aparece en el relato —y así culmina— la posibilidad de *recorrer otros lugares, otros ámbitos, levitar sobre un tapiz, continentes y océanos, otro país, errancia, hospitalidad, nomadismo, la vasta latitud del espacio, otras voces, su lengua, mi dialecto, como antaño, en medio de ellos, vivo, soy, me muevo, libre al fin, camino del mercado*

²⁵ Ésta es una de las razones que avalan la paralela reivindicación baudrillardiana de la alteridad y el objeto en *La transparencia del mal*.

²⁶ Para designar a ese ser-por-sí del Otro, que exige que el Otro se *revele*, más que que sea *desvelado* por el Mismo, Lévinas recurre a la expresión griega *Kat' autó* (cfr. *Totalidad e infinito*, pp. 88s, 194 y ss.)

10. De Uno-más a Uno-menos. Política de la precariedad, precariedad de la política

En la búsqueda del título más apropiado para este escueto ensayo se nos ocurrió, en un principio, el subtítulo de: *¿Cuántos tenemos cabida?*, u otro en que se hacía referencia a la propuesta de *una reflexión sobre los márgenes de la Democracia*. Pero ambos resultaban, creo, demasiado pretenciosos. Finalmente opté por el subtítulo, mucho más aséptico, que el lector ya conoce: *Exploración de la alteridad a partir de un texto de Juan Goytisolo*. Aparte de mostrar las duras, incluso temibles, *exigencias* del acceso a la alteridad (tal sería uno de los fondos ineludibles de su "derecho"), sobre las que nos pone sobre aviso Juan Goytisolo, de lo que se trataba era de dar a pensar, al menos indirectamente, los márgenes de la Democracia que se asienta tanto sobre la *cotidiana familiaridad de los con-vecinos*, los integrantes e integrados de la Polis, y el *derecho-de-personalización (DNI)-y-anonimato* del voto en que se sustenta la democracia. El *métoikos* no tiene ni lo uno ni lo otro. Estando "dentro", está "fuera". Por ello su alteridad representa un poderoso reto tanto ético como político. Y sobre todo, un reto profundo, porque en nuestro "subsuelo" existencial nunca sabremos bien qué hacer con la alteridad del meteco ni, por supuesto, con la alteridad en general, de la que es ejemplo ese Otro que Goytisolo ve-e-imagina deambulando por las calles de París. No sabremos bien qué hacer con ella, ni cuánta alteridad tendría cabida en nuestras democracias o en nuestra vida cotidiana, o seríamos capaces de soportar. Y no sólo cuánta, sino de qué clase, de qué tipo, *bajo la bandera de qué esencia*.

Mientras, nosotros, los de Dentro, podría decirse que apenas sí sufrimos la *esencia* (la *identidad: lo que somos, a lo que pertenecemos, nuestra "objetividad"*). Más que deambular haciendo realidad una denigrante *u-topía* humana, nosotros paseamos, vamos de un lado a otro, inadvertidamente, de un lugar a otro, pero previamente amparados por la referencia próxima del Hogar, del *Oikós*. Y por ello pasamos inadvertidos, somos *uno más*. El peligro indudable para el meteco será, en este sentido, ser *uno menos*: tal vez perder la vida, quizás ser devuelto.

Juan Goytisolo

“Del más acá venido”

en *Makbara*, Barcelona, Seix Barral, 1988⁵, pp. 13-22:

Al principio fue el grito: alarma, angustia, espanto, dolor químicamente puro?: prolongado, sostenido, punzante, hasta los límites de lo tolerable: fantasma, espectro, monstruo del más acá venido?: intrusión perturbadora en todo caso: interrupción del ritmo urbano, del concierto armonioso de sonidos y voces de comparsas y actores pulcramente vestidos: onírica aparición: insolente, brutal desafío: compostura insólita, transgresora: radical negación del orden existente: índice acusador apuntado a la alegre y confiada ciudad eurocrataconsumista: sin necesidad de alzar la vista, forzar la voz, adelantar la mendicante mano con negro ademán de orgullo luciferino: absorto en el envés de su propio espectáculo: indiferente al mensaje de horror que siembra a su paso: virus contaminador del cuerpo ciudadano a lo largo de su alucinado periplo: pies sombríos, descalzos, insensibles a la dureza de la estación: pantalones harapientos, de urdimbre gastada e improvisados tragaluces a la altura de las rodillas: abrigo de espantapájaros con solapas alzadas sobre una doble ausencia: avanzar ensimismado por la acera hormigueante del bulevar: pasar el estanco, la carmisería, el cruce de la rue du Sentier, la terraza del café-restorán, el salón de máquinas tragaperras: la cola habitual a la entrada del Rex, la boca de metro de Bonne Nouvelle, el quiosco de periódicos, el puesto callejero del vendedor de confites y helados: frente al siempre engalanado edificio del muy oficial portavoz de la clase obrera: abrirse paso entre el gentío sin prisas ni codazos: en virtud del simple, estricto poder de su corrosiva presencia: has visto, mamá?: Dios mío, no mires!: no es posible!: nena, no ves que molestas a este señor?: quieres dejar de papar moscas como una idiota?: qué tiene en la cara?: chist, canda el pico!: es increíble que circulen sueltos!: camina como si estuviese borracho!: parece chiflado: no hables tan fuerte, a lo mejor te entiendes!: cuidado, no te roces con él!: habría que enviarlos a todos a su país!: eso, hacernos pagar el viaje a los contribuyentes!: los nazis tenían razón!: yo estoy seguro de que es la sífilis!: enfrentado de pronto al oso navideño que sirve de reclamo a la triunfal película de Walt Disney: objeto de la atención cariñosa de la chiquillería convocada a bombo y platillo al lugar: a lo largo de la cola zigzagueante de padres y madres de familia, con la prole risueña en los brazos: réplica agrandada de aquellos campechanos oseznos de felpa que adornan las camas infantiles en las tibias mansiones de la burguesía: mamífero carnicero plantígrado, de cuerpo pesado y macizo, pelaje espeso, patas gruesas y fuertes, uñas recias, ganchudas: solitario morador de países fríos, inteligente, astuto, cuerdo, de proverbial arrojo y valor en momentos y situaciones de peligro: amañecado por obra de su artífice, con toques melifluos de hollywoodiano candor: ausencia total de cuelgacuelga en la entrepierna hircina: privado de los más nobles atributos de su robusta disposición: encarados los dos, con leve asombro mutuo: tiempo de intercambiar una mirada neutral, comedida: cuerpo domesticado también, sumiso a ellos: vergüenza, humillación, asco, a eso le llaman vida!: pagar, siempre pagar, techo, calor, sueño, comida, pagar, pagar, para eso venimos al mundo?: abandonándolo al fin a la torpeza de sus movimientos: al ejercido venal de su irrisoria alegría: sortear los parachoques inmóviles de la rue Poissonnière hacia la acera opuesta: la opulenta terraza del Madeleine Bastille: escoltado por la mirada inmisericorde de candidatos al beatífico tecnicolor de Walt Disney: los tenebrosos pies en el helado asfalto: caminar, siempre caminar, ajeno al mudo rechazo de los transeúntes: a la bendita prudencia con que se apartan para evitar el contacto: al aséptico, circunspecto temor de sem-

blantes yermos: avanza, sí, avanza, no te pares, no hagas caso, actúa como un ciego, no cruces jamás su vista, el leproso que anda, el monstruo, el apeestado, eres tú, eres tú, eres tú: atravesar la bocacalle de Notre Dame de Recouvrance, las grandiosas rebajas de un musicalizado almacén de tejidos: la rue de la Ville Neuve, con la flecha indicadora del cine y el anuncio del tentador programa: DOUBLES PÉNÉTRATIONS, JEUNES FILLES EN CHALEUR: LE RYTHME MAXI-PORNO DES SCÈNES VOUS FERA JOUIR!: todavía otra terraza de café: media docena de mesas protegidas del frío por el grueso cristal de la luna: acuario iluminado, de oronda clientela nenúfar: palco que se interna en el escenario y auspicia una visión privilegiada de la enigmática aparición: el paso del meteco de sobrecogedora figura: pies sombríos, descalzos, insensibles a la dureza de la estación: pantalones harapiientos, de urdimbre gastada e improvisados tragaluces a la altura de las rodillas: abrigo de espantapájaros con solapas alzadas sobre una doble ausencia: yo mismo: imagen venida del más acá: aparentemente incapaz de objetivar su situación fuera del flus, daiman el flus que continuamente repito: inmune contra las reflexiones malignas del gentío desparramado en la acera: un fou probablement, qu'est-ce qui peut se passer dans sa tête? rompiendo a reír para sus adentros: como si no lo supieran!: como si no supieran lo que discurre en mi cabeza!: vergüenza, humillaciones, asco, eso que llaman vida!: o es que también son ciegos?: rebasar el ángulo de la rue Thorel, dos mujeres de la policía municipal con uniformes color berenjena: absortas en la tarea de rellenar los formularios de las multas a los automóviles en estacionamiento prohibido: sobrecogida también de inquietud cuando al fin te contemplan: tu ne crois pas qu'il faudrait prévenir le Commissaire?: laisse tomber, on a presque fini, je veux rentrer à l'heure: siguiéndole no obstante con los ojos mientras se aleja, pasa delante de la relojería y tienda de óptica, evito un romboedro rojamarillonegro de Kodak, bordeo la avanzadilla estratégica de una sastrería cuyos modelos infestan la acera: proseguir más allá del estanco, el quiosco de flores, la agencia de empleo: andar, andar todavía como un autómeta: escudarse en el propio horror igual que una coraza: si mi mirada echase fuego, si mis ojos pudieran lanzar llamas: nada tras de mí, todo muerto a mi paso: incendio, puro incendio: los escaparates, las tiendas, los automóviles, las casas, sus habitantes: chatarra, huesos, ruina, cementerio, sólo tierra quemada!: un caballero calvo con un abrigo de pieles, familias de cinco en fondo que, al topar contigo, rompen bruscamente la alineación, desenlazan las manos enguantadas: tu as vu sa tête, papa?: oui, mon petit, c'est rien, ne le regarde pas comme ça, c'est mal élevé: nueva terraza climatizada, la silueta bidimensional de un cocinero con toca blanca sosteniendo la lista de platos de un menú de promoción turística: inocente estupor de rostros infantiles, muecas furtivas, gestos de soslayo: el paria, el apeestado, el negro se mueve libremente, nos mira sin mirarnos, parece fraguar algo en secreto, se enorgullece de nuestro espanto: de dónde sale?: quién lo ha soltado?: cómo pueden dejarle así, con sus llagas y andrajos, en lugar de ponerle en cuarentena bajo severísimo control médico?: reto, provocación, tentativa de movilizar contra él los reflejos defensivos de una comunidad permisiva y liberal, pero resuelta a defenderse con uñas y dientes de cuanto atente al orden social y bienestar de la familia?: garbanzo negro, oveja tiñosa, parásito desentonador: desacorde instrumento en la ejecución de una partitura: metáfora perdida entre los signos algebraicos de una ecuación: computadora que, en vez de suministrar la respuesta exigida por una comisión de expertos financieros, transmuta sus datos en violento poema antimilitarista!: pasada la farmacia, la boca del metro, el estudio fotográfico, la camisería: por la acera elevada cuyo pretil domina progresivamente, en la convergencia de la rue de la Luce y la rue Cléry, el tránsito fluido del bulevar: bajar por ella, pegado a la barandilla, sin una ojeada a la antigua, venerable mole de la Porte Saint Denis: obligar a apartarse a quienes vienen en sentido contrario, te observan pasmados cuando se cruzan contigo y vuelven la cabeza con la averción y alarma pintadas en sus semblantes: proseguir la marcha sin verlos, aunque sabiendo que te miran: una sensación de escozor que recorre mi espalda y parece

agolparse en la nuca: pero seguir, seguir, atravesar la calzada entre los automóviles inmovilizados por el semáforo, ganar la esquina donde día y noche montan guardia media docena de prostitutas: avanzar, avanzar todavía, quioscos de periódicos, self-service, papelería, discos y material escolar, africanos con totems y objetos folklóricos, muestrarios callejeros de un Prisunic, veredas atestadas de gente: revulsión, inquietud, náusea afloran súbitamente a sus caras, crean el vacío en torno a él, le envuelven en un nimbo espectacular de peligro: animal de especie inclasificable y desconocida, producto triste de infausta conjunción astral: alejémonos de él, no nos roce su aliento, cubramos prudentemente narices y bocas con suaves pañuelos esterilizados: telefoneemos al servicio municipal de basuras: su cercanía es una amenaza a la salud pública: todos podemos sucumbir al contagio: camino del bulevar Sébastopol, sortear la entrada de la estación Strasbourg-Saint Denis, el quiosco de revistas yugoslavas y turcas, la mesilla del individuo que plastifica en unos segundos toda clase de documentos: hasta dar con la sonriente celadora del sombrero de fieltro, abismada en el habitual ejercicio de su minúsculo apostolado: reparto de octavillas con el dibujo de un sol cuyos rayos quiebran la cadena aborrecible del pecado y un mensaje del fundador de la misión SALUT ET GUÉRISON: tendiéndole una, con imperturbable expresión benigna, sin reparar en que soy yo quien está delante: oui, mon pauvre ami, Dieu pense à vous, Il vous veut du bien, Il se soucie de votre salut, laissez-Le donc rentrer dans votre coeur!: votre maladie peut être le péché de votre âme, mais de même qu'Il a guéri le lépreux, de même Il vous pardonnera chaque péché, si vous Lui faites appel: croyez-moi, rien n'est impossible avec le Seigneur!: círculo de curiosos, agolpamiento inmediato alrededor de los protagonistas, expectación popular centrada en el bolsillo del fantasmagórico gabán donde cobija, con reticencia, la mano: aceptará?: cogerá la hojilla rectangular de papel que confiadamente le alarga la piadosa activista?: el suspenso se prolonga unos segundos: expresión inefable de la devota, silencio de los mirones al acecho del aparecido y su imprevisible reacción: al fin la dudosa extremidad emerge con la cautela de un resucitado abandonando las tinieblas de la tumba, esboza, tocada de súbita gracia, el ademán de tomar la hoja, pero cambia de opinión, la alza con rabia avasalladora, la plantas en medio de su mejilla, le doy una sonora bofetada: ma bghit ual-lú men-nek, smaati?: y agregar todavía, al darle la espalda y abrirse paso entre el paralizado gentío: riaal d-din um-mék!: susurros, exclamaciones de sorpresa, medrosas, tardías reacciones de ultrajada dignidad: ça alors!: j'ai jamais vu une chose pareille!: ils se croient tout permis!: frapper publiquement une femme!: oh, vous savez, chez eux, je les connais bien, j'ai vécu quinze ans là-bas!: avez-vous besoin de quelque chose, Madame?: c'est rien, Monsieur, c'est rien, un pauvre malheureux, il n'est pas sain d'esprit, on peut pas lui tenir rigueur de son geste!: a salvo: fuera de alcance de sus voces, al otro lado de la calzada del bulevar: terraza-acuario del café de France, nuevo quiosco de diarios, sastrería de confección, saldos de peletería, emblema rojo de un café-estanco: seguir cuesta arriba por Strasbourg, sin prestar atención a los que me miran: muecas, expresiones de disgusto y repulsión: mi fecunda cosecha: despejar su trayecto con visible apresuramiento: incapaces de encarar el desafío que su existencia plantea: pies sombríos, descalzos, insensibles a la dureza de la estación: pantalones harapientos, de urdimbre gastada e improvisados tragaluces a la altura de las rodillas: abrigo con solapas alzadas sobre una doble ausencia: las orejas, Dios mío, dónde están las orejas?: nuevo salón de cine, triple programa anunciado con luminosos parpadeos: **À PLEINS SEXES, DECHAINEMENTS CHARNELS, LES JEUNES BAISEUSES: INTERDIT AUX MOINS DE 18 ANS:** como el fuego, sí, como el fuego, rostros, trajes, sonrisas, rociarlo todo con gasolina, encendedor, algaquida, lanzallamas mis ojos, destrucción, regueros de fósforo, gritos, antorchas humanas: en el ángulo peripatético de la rue de Metz: atravesar la calzada a tientas: ganar laboriosamente la otra orilla sin perro, guía, bastón: impermeable y extraño a la reacción que invariablemente suscita: los: mira su cara!: no, no puedo, es más fuerte que yo, me pone enferma! quizá se ha fugado del asilo: deberían detenerle, avisar a la policía, conducirlo al dispensario más próximo!: un hom-

bre joven aprieta la cabeza de su hijo contra el pecho, como si intentara protegerlo de tu mal de ojo: otro apura bruscamente el paso y hace ademán de santiguarse: horror, soledad, vacío, aguda sensación de muerte viscosamente adherida a la espalda: qué dice?: parece como si murmurara: no hay nadie que se haga cargo de él?: al lazareto, al hospital, a la cárcel en vez de envenenarnos la calle!: sombrerería, bolsos y artículos de piel, passage de l'Industrie, el lívido, sulfuroso, espeluznante panel de un filme de espanto: L'HORRIBLE CAS DU DOCTEUR X: vampiros inclinados sobre pechos desnudos, caninos incisivos, profusos regueros de sangre: mensualidad de doncella núbil destinada a avivar el apetito de un protervo investigador fáustico?: o a rejuvenecer las tiroides de una castellana provecita, arriscada en la niebla y altura de un château-fort: de los Cárpatos?: el rostro ansioso con que la dama, esquematizada como la reina de Blanca Nieves, contempla la succión pectoral del doctor a la virgen artificiosamente dormida, apunta, a todas luces, a la segunda y más excitante hipótesis: el vampirismo como fruto de noble sentimiento marital: al servicio de causa errada, pero digna no obstante de simpatía: enfocar con mirada ciega, como objetivo previamente obturado, los segundones y comparsas representados en la fachada del cine, encima y a los lados de la taquilla: las probetas, murciélagos, salas de vivisección, depósitos de cadáveres del transilvano castillo: sin advertir, aparentemente, la nueva y ya multitudinaria aglomeración: el súbito, arracimado anillo de peatones que le observan, me observan, como a un suplementario reclamo de la película: criatura forjada por la mente crepuscular y enfermiza del sabio y cuitado investigador: a la espera silenciosa de mis gestos: hipnotizados por tu forzada, dolorosa inmovilidad: lo deben de haber puesto ahí para que mordamos el anzuelo: lo del rostro es maquillaje y pintura: hoy día con tal de vender la mercancía, se recurre a cualquier exhibición de mal gusto: una imagen de horror demasiado realista: el vestuario absolutamente perfecto!: no verles, no acatar su presencia, deliberadamente otorgarles helada transparencia, invisibilidad: atento tan sólo a la fantástica proliferación del guiñolesco panel de la sala: extravagantes criaturas con torpe articulación de cangrejos: mujeres deformes, hidrópicas u ominosamente preñadas: correcorre de monstruos lucífugos huyendo de subterránea explosión: descartar el terror real: acogerse, como quien se acoge a sagrado, bajo el reino misericorde de la mentira confundirse con los personajillos que en el lienzo anunciador hacen muecas, te tiran de los faldones del abrigo, brincan alrededor de sus pies descalzos, me integran en su escenografía reptante con entusiasmo feroz: avanzar por la entrada cubierta de pósters y fotografías, pasar sonámbulo ante la vieja sobresaltada de la taquilla, bajar la breve escalera hacia la exigua sala de proyección: desviar a tu propio rostro el haz luminoso de la acomodadora que pretende guiarte a una butaca vacía y escuchar su grito ahogado, la sofocada exclamación de pánico mientras retrocede, deja caer la linterna de bolsillo, da media vuelta, empuja la puerta de salida, sube precipitadamente los peldaños: de vuelta al útero: sumido en la fetal, sedativa tiniebla: provisionalmente arrancado a su mundo gracias al oportuno, generoso indulto de la oscuridad: contemplar el adusto salón neogótico del castillo listo para la cena: el doctor y su esposa presidiendo el ágape en honor de la joven y bella invitada rubia: la mesa rectangular pletórica de manjares, los candelabros de luz precaria y trémula, el mayordomo atento e inexpresivo: su previsible ademán de servir el brebaje fatídico en la copa de cristal de la víctima: torva mirada de connivencia de los anfitriones cuando la incauta doncella la lleva a los labios y cae fulminantemente dormida: acarreo inmediato del cuerpo inerte al laboratorio contiguo: expresión codiciosa de la castellana mientras el sabio despoja a la infeliz de sus prendas hasta dejarla desnuda

oh, comme elle est jeune!

patiente un peu, chéri, je vais lui tirer tout son sang!

cerrar los ojos, descansar, dormir, soy yo, no miran, me ampara el horror de la película, abolido el infierno, el mundo de ellos, no prestan atención a su existencia, han pagado la entrada, quieren disfrutar del espectáculo, una manera de matar el

tiempo, dejarte en paz en la primera fila, olvidar la ciudad, las calles, el gentío, la cruda agresión del tráfico, recorrer otros lugares, otros ámbitos, levitar sobre un tapiz, continentes y océanos, otro país, errancia, hospitalidad, nomadismo, la vasta latitud del espacio, otras voces, su lengua, mi dialecto, como antaño, en medio de ellos, vivo, soy, me muevo, libre al fin, camino del mercado.

